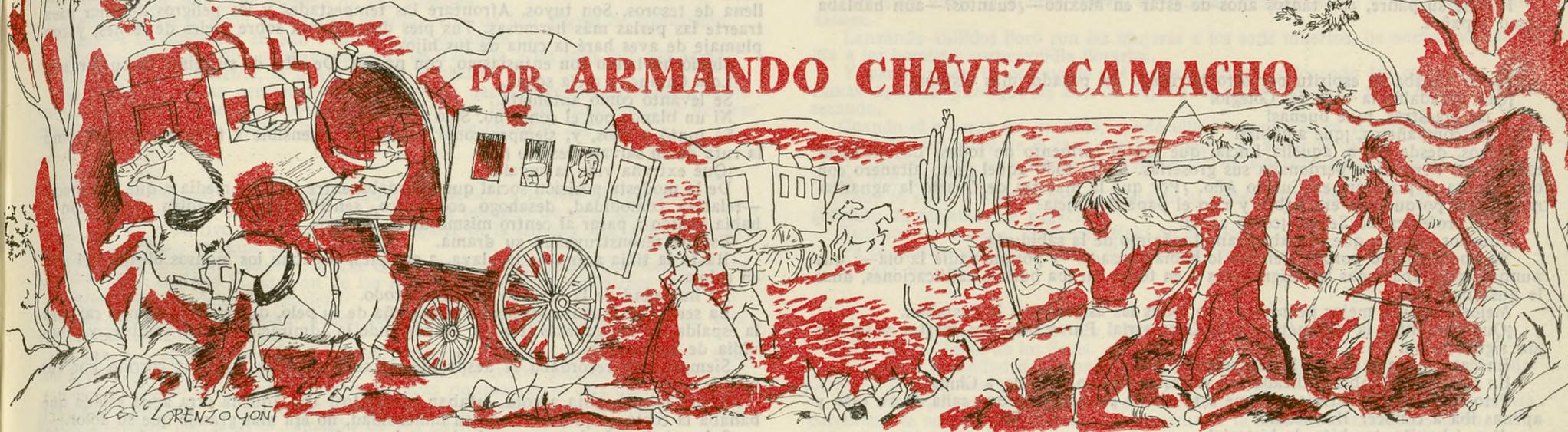


# EL GRAN AMOR DE COYOTE-IGUANA

POR ARMANDO CHÁVEZ CAMACHO



**P**OR fuera, la casa enseñaba su rostro risueño, recién encalado para cubrir las averías del tiempo.

Por dentro, una faz más risueña aún.

La salita, con sus sillas de mimbre, sin faltar la ancha mecedora donde el padre descansaba.

El comedor y la cocina—sobre todo la cocina—con los muebles y los trastes en su lugar, como denunciando la presencia de una mano femenina.

Las recámaras, con las camas dispuestas del mejor modo, y los lechos limpios, aseados, sin una arruga las cobijas y las sábanas sin un doblez.

En la despensa, un arreglo eficaz que hacía posible que, en tan reducido espacio, cupieran una lata de manteca a medio consumir, un saco de frijol, otro de harina, varias mercancías más, y, por supuesto, la indispensable leña de mezquite y palo-fierro con que se alimentaba el fuego de la estufa.

Después del corredor, el patio.

Y en seguida, el trascorral, donde las gallinas cacareaban y los gallos cantaban, siempre a horas precisas, como si sus gargantas fueran exactos relojes.

Las piezas, amplias, con esa amplitud provinciana que no conoce el ahorro de espacio.

Y en todas, una nota alegre. Aquí, el adorno de ocasión. Allá, el bordado que tantas noches de vigilia se llevó.

Y presidiendo a la familia—como en vida—el retrato amplificado de la madre que un día, muchos años antes, se fué de este mundo, dejándole a un viudo una huérfana pequeña.

Las manos hacendosas, intensamente domésticas, trajinaban ahora entre la cocina y el comedor.

Una voz soñolienta las detuvo cuando llevaban un plato:

—¿Hasta qué horas te vas a acostar, Lola?

No era por falta de cariño que se abstenía de aplicarle el diminutivo, sino porque gozaba llamando a la hija en la misma forma que nombró a la madre. Así tenía siempre presente a la madre en el trato con la hija, en la cual había concentrado todo el amor que antes se repartían equitativamente las dos.

Presta acudió la muchacha a la recámara del señor Casanova.

Y le explicó: Aún no terminaba de preparar el bastimento para el viaje. La carne frita y los frijoles ya estaban listos. Pero apenas comenzaba a batir la masa para hacer las tortillas de harina, con mucha manteca y mucho dulce.

Y prefería acostarse hasta que acabara todo y no levantarse en la madrugada con el pendiente. No fuera a ser que se durmiera.

El padre escuchó—o pareció escuchar—en ese estado intermedio que liga y también divide el despertar completo del sueño total.

Luego se volteó hacia la pared—huellas de resanado no seco aún, como en los muros que dan a la calle—y se entregó al nocturno y habitual concierto del ronquido.

La muchacha, diligente, subió las colchas, tapándolo.

Y se volvió a los quehaceres.

Hubo que prender las lámparas de petróleo, porque las tinieblas de la noche todavía no cedían su puesto a la luz del día.

Padre e hija habían despertado—sobresalto inicial—a los golpes que sonaban en la puerta.

Se hizo saber a los próximos acompañantes de la viajera que en un momento más estaría con ellos.

Recogió bultos y velices, y avanzó rumbo a la puerta.

Al pasar por la comunicación del corredor con la sala no pudo impedir que sus ojos se posaran en el retrato de la muerta.

Su mirada—la de la madre—la sentía sobre sí.

Reanudó la marcha y los ojos la seguían.

—Ha de querer que me despidas de ella—pensó.

Llegó ante la madre, musitó quién sabe qué cosas y, todavía, con el pañuelo, limpió de polvo el marco.

Luego abrazó al padre y lo llenó de besos.

Subió a un carro, y ése y los otros se perdieron pronto entre las calles oscuras. Guaymas vió partir el convoy, camino de Hermosillo.

Empezaba a aclarar.

Lola Casanova iba en su asiento con un viejecito menudo, casi perdido en la vacueta color café que revestía el carro por dentro, para así dejar el mayor espacio posible a una señora gorda que ocupaba, ella sola, el asiento de enfrente.

Ambos dormían a pierna suelta.

Dieciocho años tenía a lo sumo la muchacha y los lucía bien, hasta con cierto garbo, a pesar de su innata modestia.

La piel, blanca, de mestiza.

Los ojos, negros, enormes, profundos. Diríanse dos pozos inexplicablemente abiertos tan cerca uno del otro. Los hombres hubieran querido acudir a ellos no sólo para beber agua.

El cabello, de azabache, cubriendo la parte alta de la cabeza para caer luego, hasta la cintura, en dos gruesas trenzas.

El decoro del vestido—largo y con mil pliegues—impedía precisar los contornos del cuerpo; pero lo visible era suficiente para adivinarlo recio, bien formado, juvenil.

Por el vidrio de la portezuela Lola Casanova miraba el amanecer.

Y pensaba.

A veces recargaba el brazo, pero en seguida lo retiraba ante los frecuentes tumbos que por el mal camino iba dando el carro, vigorosamente arrastrado por un tronco de poderosos caballos.

No interrumpían sus pensamientos ni los tumbos, ni las ladeadas, ni los gritos constantes de los carreros, ni el relincho de las bestias que iban jalando a los otros carros.

Abstraída, recordaba primero lo más reciente: los incidentes previos al viaje. No quería su padre dejarla ir.

Amontonaba razones en contra: que Hermosillo está muy lejos de Guaymas; que el camino es muy malo; que una señorita no viaja sola, etc., etc.

Pero ella también amontonó razones en pro: que Hermosillo está muy cerca de Guaymas; que en la diversión entran las molestias del camino, etc., etc.

La resistencia se fortificó en lo indebido de que una señorita viajara sola.

Entonces se dió a inquirir sobre los nombres de las personas que irían en el convoy que se anunciaba.

Y fué corriendo, con la noticia, a su padre: iban una señora respetable que fué amiga de su madre y un señor que era amigo de él.

La resistencia paterna se prolongó en otros fortines. Pero el ataque fué más tenaz que aquélla, y vino por fin la capitulación.

No podría decir por qué su padre, a la postre, aceptó.

¿Fué porque le recordó que ya se postergaba demasiado un viaje prometido, años atrás, cuando acabó la escuela, como premio a sus buenas calificaciones? ¿O porque le hizo presente que no es de hombres dejar de cumplir lo que ofrecen? ¿O fué la campaña de mimos, halagos, platillos favoritos?

Todavía la víspera, en la noche, cuando se alistaba, le reprochó su entusiasmo por la partida con esta pregunta:

—¿Y si te pasara algo, Lola?

Rió la muchacha con ganas.

Y respondió, zalamera pero firme en su decisión:

—¡Ah que mi papá! ¿A poco crees que nos van a asaltar?

A la luz parpadeante que de la mecha salía, como llama, en la lámpara de petróleo, ya en la madrugada—parecía que lo estaba viendo—, el semblante serio del señor Casanova era una protesta muda.

Tan preocupado estaba, que en la despedida perdió hasta el ceceo de la voz, porque también ésta la había perdido.

Ni una palabra dijo.

Se dejó abrazar y besar muchas veces.

Y él le dió sólo un abrazo largo, fuerte, apretado, como si no quisiera dejarla partir.

El recordado silencio expresivo del padre hizo derivar su memoria hacia otro lado. Se interrogó:

—¿Qué será el ceceo, que unos lo pierden pronto y a otros les dura toda la vida?

Porque su padre, con tantos años de estar en México—¿cuántos?—aún hablaba como español.

Ahora vagaba su espíritu por otro territorio del pasado, más distante.

¡Qué agradable la vida del Colegio!

Y las maestras, ¡qué buenas!

Y las compañeras, ¡qué amables!

Menos, desde luego, aquella Lucía, que era el tormento de todas. Las travesuras, pasen. Pero no le perdonaba sus groserías. Sobre todo aquel gesto altanero con que pasaba al pizarrón, en Cuarto Año. ¿Por qué la maestra de Cuarto la aguantaría? ¿Sería porque ella era pobre y rico el papá de Lucía?

Y la profesora de Sexto, ¡cómo sabía!

Aquellos cuentos que contaba eran el máximo de la sabiduría.

Ya podía decirlo porque siempre lo había pensado—y porque nadie la oía—: que aunque estudiaba todas las asignaturas y en todas sacaba buenas calificaciones, unas le gustaban más.

Mejor dicho—o mejor pensado—: no todas las asignaturas le gustaban.

¡Qué chocantes la Aritmética y la Geometría! Puros números inertes y figuras sin significación.

En cambio, ¡qué bonita la Geografía!

En alas de ella había realizado mil viajes: a México, a París, a China.

Pero sólo con la fantasía, porque ésta era la primera vez que salía de su casa y apenas iba a conocer Hermosillo.

¡Y qué bonita, también, la historia!

Aquel contacto con hombres y hechos famosos.

Ver primero a María Antonieta, en Versalles, y un minuto después, remontados los siglos hacia atrás, estar con Cleopatra, a las orillas del Nilo, junto a Marco Antonio. Y en otro brinco sobre el tiempo y el espacio, ya mirar a la pobrecita Carlota, del brazo del Archiduque, paseando por el Bosque de Chapultepec.

Y sus lecturas, en libros grandotes con estampas a colores.

Ellos, acaso más que nadie, le habían hecho tan viva su imaginación.

Porque no nomás los leía con los ojos, sino también con el corazón.

Más que leerlos, los vivía.

Cada aventura era ella quien la corría.

Así anduvo por selvas, montañas, mares y ríos.

Y fué pirata y fué bandido.

¡Si hubiera sido hombre en lugar de mujer!

La imaginación detuvo su vuelo.

Es que la memoria estaba ahora repasando los amores de un príncipe indio con una mujer blanca, que en quién sabe qué libro había leído.

¡Qué romántico!, pensó.

En un paraje el convoy hizo alto.

Viajeros y carreros, en cordial reunión, tomaron el desayuno, cambiándose sus respectivas provisiones.

Dirigiéndose a Lola Casanova y señalando con la mano una eminencia en la lejanía, un carrero que estaba de pie le interrogó:

—¿Ve usted aquel cerro?

Tras la respuesta afirmativa, agregó:

—Es el Cerro del Pardo. Antes les servía de divisadero a los yanquis y a los seris para vigilar este camino y caer sobre las caravanas.

—¿Eso era antes?—preguntó la muchacha.

Todos estaban pendientes de la conversación.

El carrero, que ya había visto muchas cosas en su vida, no quiso comprometerse, circunscribiendo el peligro de los asaltos a una época remota.

Pero no queriendo tampoco alarmar a la viajera, eludió así la contestación directa:

—Si los indios no están alzados, no hay peligro.

Estaba brillando en los ojos de la muchacha la emoción de una aventura que, como todas las que leyó en sus libros, no podía acabar mal.

Dando por supuesto que el carrero quería decir que no había ningún peligro, le requirió:

—¿Y por qué traen ustedes tantos rifles, que ni para desayunar los dejan?

—Por las dudas—fué todo lo que respondió.

A los carros, nuevamente.

Lola Casanova subió al suyo.

El convoy se puso en marcha.

Ella continuaba así un paseo que había de durar toda la vida.

¡Y qué vida!

Cruzaban por el punto llamado La Palmita.

Repentinamente, lo inesperado: el asalto.

Lola Casanova brincó del carro.

Sólo pudo dar unos cuantos pasos, y cayó desmayada.

Entre tanto ocurrió la lucha.

Los carreros se defendieron con sus armas de fuego, pero las certeras flechas de los seris lograron imponerse.

A lo lejos podía verse el convoy, ya en dispersión, y a los carros huyendo cada uno por su lado.

Al recobrar el conocimiento, Lola Casanova se encontró con un indio fuerte y semidesnudo, que portaba, como peluca, varias cabelleras ajenas (1).

Poseída de terror, intentó escapar.

El serí, entonces, se postró de hinojos a las plantas de ella, y le dijo en regular castellano:

—Yo soy Coyote-Iguana, rey de los seris, la nación más valiente y orgullosa del mundo. Tú eres la criatura más adorable que he visto. No te vayas. No quiero perder. Antes daría mil veces la vida. Te haré la reina de mis dominios. Poseo una isla llena de tesoros. Son tuyos. Afrontaré las tempestades y los peligros del mar para traerte las perlas más hermosas. Tus pies descansarán sobre pieles de leones, y con plumaje de aves haré la cuna de tus hijos...

Siguió hablando con entusiasmo, con pasión. De ella, de su reino, de su corazón.

Lola Casanova creía soñar.

Se levantó como automática.

Ni un blanco por el contorno. Sólo seris.

Se juntó a ellos, y, siempre como automática, insensible a todo y a todos, tomó la ruta de su salvaje destino (2).

¡Qué extraña vida la suya!

De la modesta posición social que guardaba entre la clase media a que pertenecía—relativa comodidad, desahogo económico, sencillez pero también civilización—había venido a parar al centro mismo de la barbarie.

Estaba reconstruyendo su drama.

Hasta la tibia arena de la playa, a sus pies, llegaban los mansos oleajes del mar en calma.

La humedad de la brisa lo penetraba todo.

La sentía en la mata misma de la maraña de su pelo, que en otro tiempo caía por la espalda, en dos gruesas trenzas, despertando la admiración de los hombres y la envidia de las mujeres.

Siempre que recordaba la despedida de su padre, las lágrimas corrían por sus mejillas.

Ahora mismo, gota a gota, estaban juntándose con aquella otra agua salada que bañaba la costa, y que, con toda su inmensidad, no era más grande que su dolor.

Sobre todo, el abrazo, aquel abrazo largo, fuerte, apretado, que fué como un presagio del corazón paterno.

¿Por qué la dejó partir?, se preguntaba. ¿Porqué?

Se borraban de su memoria todos los demás recuerdos para dejar uno solo: aquel despertar, tirada en tierra, ante el serí gigantesco.

Y el terror que la paralizó, impidiéndole toda acción.

Vagas, imprecisas, como en un aturdimiento que era espanto, pavor, locura, las palabras del hombre desconocido que se postraba sumiso, en adoración, mientras en la meseta de El Palmito se dispersaba el convoy de carros, y viajeros y carreros huían a la desbandada.

No supo entonces lo que el serí le dijo.

Fué a comprenderlo, después, cuando, desvanecida la demencia, se encontró en camino con unos indígenas que llevaban perforadas las narices y las orejas, y, colgando de allí, piedras relucientes y conchas escogidas. Porque los vió hacer curiosos ademanes y gestos como de reverencia hacia su captor.

Volvió el espanto a enseñorearse de su espíritu.

Y el primero en quien pensó—siempre era el primero en quien pensaba—fué en su padre.

Aquel recuerdo de la despedida era la tortura de su alma.

¿Volvería a verlo?

Aquel adiós, ¿fué el último?

Aquel viaje que comenzó siendo un paseo, ¿acabaría en calvario?

¿Por qué la dejó partir? ¿Por qué, Dios mío?

A veces a pie y otras a caballo—siempre el jefe serí, amable, a su lado—, recorrió su propia calle de la amargura.

Hasta que le dijeron que había llegado a los dominios de su señor.

¿Qué sería de su vida en adelante?

Porque entonces se dió cuenta de que había dejado de ser Lola Casanova.

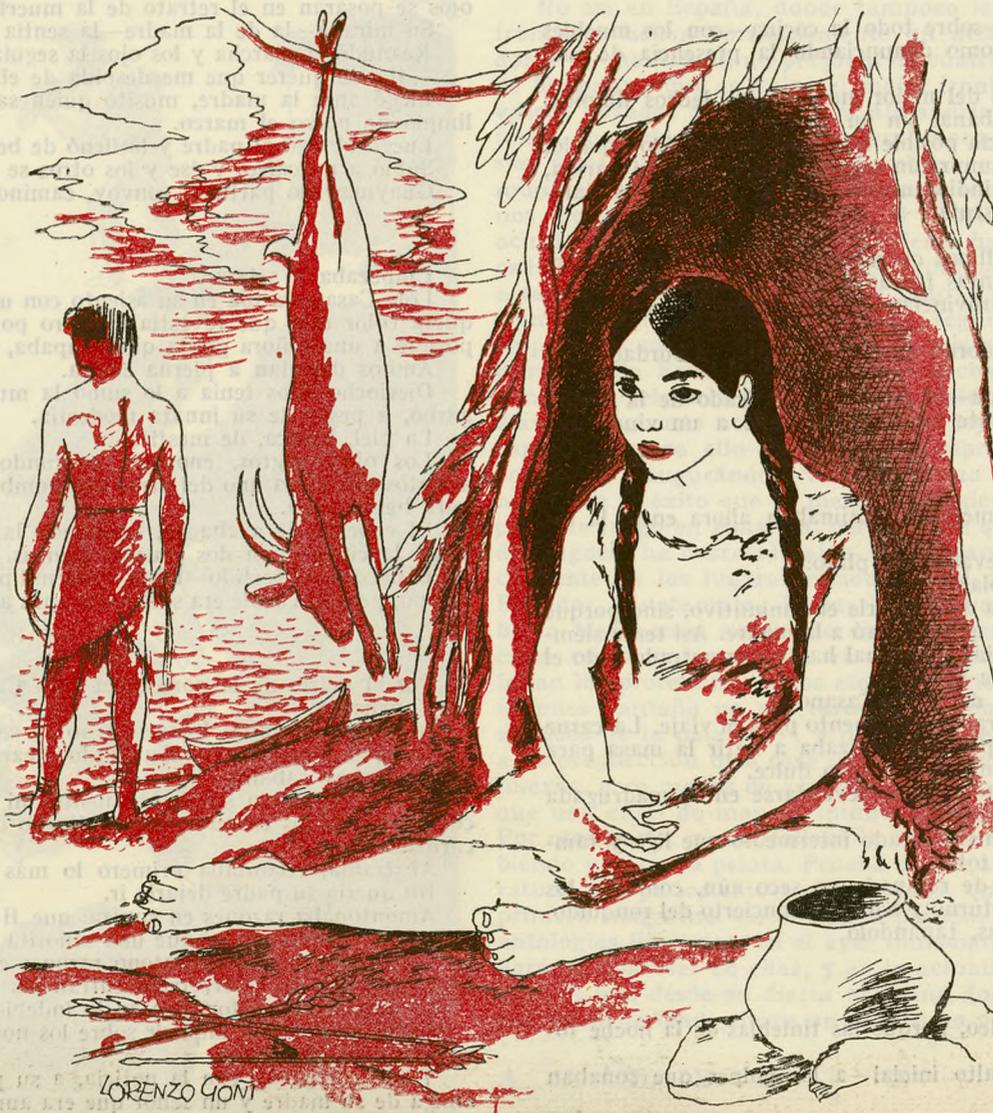
Ahora era—¿para siempre?—la mujer de Coyote-Iguana.

¿Quién era Coyote-Iguana, el temible y temerario ante cuya presencia se inclinaban los seris, y que ella sólo había visto humillado a sus plantas?

Lo fué sabiendo por él mismo y por las mujeres de la tribu, cuyo más preciado adorno eran unos enormes collares de conchas y semillas.

(1) Tenían los seris la costumbre de arrancar las cabelleras a los comanches que vencían en la guerra y, con ellas se adornaban la cabeza a guisa de peluca.

(2) El caso de Lola Casanova es histórico. Aquí figuran los datos esenciales de su vida, pero, bordando en torno de ellos, el autor se ha permitido algunas licencias.



LORENZO GONI

Coyote-Iguana no pertenecía a la tribu. Sus padres fueron pimas. En una de sus correrías, los seris incursionaron por la tierra de los pimas. Hubo una batalla sangrienta. En el campo quedaron, muertos, sus padres. Y los seris regresaron con un niño cautivo. Entre ellos creció. Hábil y bravo, era el primero en los combates. Un día escaló el mando supremo. Ahora sus dominios se extendían sobre una faja costera y sobre la Isla del Tiburón, separada de la tierra firme por el Estrecho del Infiernillo, en el cual había otras islas también sometidas al imperio de Coyote-Iguana.

Diez meses duró la extraña situación de la cautiva. Diez meses en que el recuerdo de los suyos era una obsesión que de día la angustiaba hasta el límite de toda fuerza humana, y que convertía la noche en un cruel delirio sólo cortado por el brusco despertar del sollozo. Transcurrido ese lapso, dió a luz a un hijo de Coyote-Iguana.

Quiso conocer la historia de su tribu. Únicamente de dos caudillos pudieron hablarle sus informantes, y ninguno de aquéllos se doblegó nunca.

De Ambrosio, muerto a traición. Y de Alonso, que cayó víctima de una sorpresa. Antiguamente la tribu llegó hasta Pópulo, cerca de San Miguel de Horcasitas. Después se concentró en San Pedro de la Conquista (1). Ahora—1854—la tribu ocupaba la costa de Tastiota y las islas que ella sabía. No faltó, naturalmente, la queja contra el blanco. Se quejaron de las persecuciones que sufrían desde tiempo inmemorial, destacando una infamia, frecuentemente cometida por los blancos, consistente en llevarse prisioneras, hasta muy lejos, a las familias seris que lograban capturar.

Un día se empeñó en que Coyote-Iguana la llevara a la Isla del Tiburón. Alegó la necesidad de conocer a fondo aquella posesión de su reino. No era ese el motivo verdadero. Quería alejarse de la tribu, y allá, a solas consigo misma, sacarse los secretos de su corazón.

El cacique se oponía, aduciendo que el tiempo no era propicio. Que había que esperar a mayo, cuando la estación de las lluvias hace menos inclemente el clima. Naturalmente, venció la mujer. Y en una imperfecta embarcación, sorteando bancos, restingos y escollos, atravesó el Canal del Infiernillo.

A sus ojos apareció la isla volcánica, desértica, que por toda vegetación tiene mezquites, paloblanos y cactus, y que en sus cerros exhibe pórvido de granito.

Iba recordando la leyenda de las fantásticas riquezas de la Isla del Tiburón (2), caminando por una vereda, cuando saltó, muy cerca, un ciervo colinegro, esbelto, ligero, coronado por la gran ramazón de sus cuernos.

Más adelante vió el correr montaraz de venados y coyotes. Y arriba, dominando el panorama abrupto, palomas, muchas palomas.

En el extremo de la isla hizo que la dejara Coyote-Iguana, impulsándolo a visitar a los pequeños grupos de seris que habitaban la región.

Era un promontorio escarpado y rocalloso. Allí se quedó, sola con su alma. Y se planteó el salvaje problema: ¿Amaba a Coyote-Iguana?

En pro, la costumbre de la vida en común; su acomodo progresivo a la existencia de la tribu; la simpatía que el cacique había ido despertando en ella, trabajosamente, a base de atenciones y mimos, y, sobre todo, el vínculo más poderoso, el hijo de ambos.

En contra, negaciones y negaciones, y aquel grito que todavía se alzaba desde lo más profundo de su conciencia—cada vez con menos frecuencia y con menos intensidad—llamándola a la civilización y condenando la barbarie.

¿Cuál era en ella el barniz? ¿El de la civilización o el del salvajismo? A veces sus meditaciones desembocaban en lo fatal.

Entonces le entraban ganas de resolverlo todo, arrojándose del último peñasco del promontorio para ir a perderse entre las olas que rugían allá abajo.

Finalmente se impuso el corazón: tuvo que confesarse que amaba a Coyote-Iguana. A la bárbara declaración siguió un sentimiento de horror.

Sintió horror de Coyote-Iguana. Sintió horror de sí misma. Sintió horror de su amor.

La lucha interior la dejó extenuada. Al reponerse se buscó por dentro una justificación. Creyó hallarla en la posibilidad—a su juicio factible—de civilizar a los seris, civilizando a Coyote-Iguana.

No advertía que en el intento—drama de tantos civilizadores frustrados—no serían los seris quienes fueran a ella, sino ella a los seris, es decir, a la barbarie.

A la barbarie que ya por todas partes la cercaba—hasta en su cara tatuada—

que ella misma, con su carne y con su dolor, ayudaba a perpetuar con el hijo que sería Coyote-Iguana II.

No era posible, pues, zarpar contra su trágico destino.

En adelante la Reina de los Seris iba a compartir con Coyote-Iguana y con sus súbditos la vida de los suyos, con todos sus peligros, lo mismo en las batallas que en los asaltos a los ranchos y a las caravanas.

Al principio le repugnaban las costumbres de los seris, sobre todo su glotonería y sus actos de salvajismo.

Lentamente se fué adaptando a su nueva vida. Empezó por comer carne cruda, andar semidesnuda y recorrer grandes distancias. Igual que los seris, a quienes la gruesa piel de sus pies les permite ser magníficos corredores.

Ya no le parecían miserables las chozas de hojarasca, zacate y rama, sostenidas por cañas.

Aprendió a pescar tortugas y a engullir trozos inmensos, dejando al lado, como despojos, los carapachos.

Ya sabía sacar su jugo a la biznaga para saciar la sed, y podía distinguir unas plantas de otras, pasando de lado ante aquellas que tienen espinas y amargo sabor como defensa del vegetal frente al animal.

Con los suyos, es decir, con los seris, construía flechas para el combate y envenenaba sus puntas con la llamada yerba de la flecha.

También utilizaba el otro procedimiento. Aquel que consiste en matar una res, sacarle los hígados, meter éstos en una olla y echar allí, vivos, muchos ciempiés, tarántulas y otros insectos venenosos, para que, haciéndolos enojar, piquen el hígado y dejen allí su ponzoña. Aquella masa informe debía ponerse luego a corromper y en seguida bañar con ella la puntiaguda arma.

Con ellos adoró a la luna nueva, de rodillas, persignándose y haciendo genuflexiones.

Lanzando aullidos lloró con las mujeres a los seris muertos, de noche, porque de día a los hombres correspondía llorarlos.

Y participó en la ceremonia del adiós postrero, colocando los cadáveres entre ramas espinosas para que las aves de rapiña no se los comieran, y allí el sol los fuera secando.

Cuando el muerto era un niño, ayudó ella a sus padres en el corte de pelo hasta la raíz y en la pintura de la cara con color negro, en señal de duelo.

Y aprobó—ella, una criolla—la resistencia de los seris para cruzarse con otras razas, aún indígenas.

Todo lo supo y todo lo practicó. Hasta el pobre vocabulario seri, desprovisto en absoluto de términos de negación.

Entonces se borró el último vestigio de la criolla. Ya se sentía, verdaderamente, Reina de los Seris.

Ya era una seri más.

Tan bello como su nombre era San Pedro de la Conquista. Allí fué la Reina de los Seris.

Y luego a la ciudad de Hermosillo, graciosamente empinada sobre las faldas del Cerro de la Campana (1), cuyo pie baña el río de Sonora.

Nadie hubiera reconocido en aquella matrona seri, de rostro tatuado, que cubría parcialmente su cuerpo con pieles de alcatraz, a la señorita Dolores Casanova, delicada flor del jardín guaymense.

Y nadie la reconoció. Ella pudo liberarse, huyendo, y volver así al seno de los suyos.

Pero los suyos ya eran otros: los seris. En Hermosillo, adonde llegó a ir varias veces, divisó caras conocidas—una versión asegura que hasta se encontró con parientes que no adivinaron su identidad—, pero no quiso escapar porque su corazón no aceptó la renuncia al amor de Coyote-Iguana y al de los varios hijos que ya tenían.

Algunas sublevaciones aplastó Coyote-Iguana, todas originadas en la repulsa seri hacia la reina intrusa.

En una, finalmente, sucumbió por su amor. Los rebeldes destrozaron el cadáver del cacique vencido y arrojaron los pedazos a los perros.

El espíritu de la venganza se apoderó de la reina viuda. Luchó sin descanso hasta que colocó en el trono a su hijo mayor, Coyote-Iguana II. Nueva rebelión seri, y con la misma bandera.

Y nueva derrota: Coyote-Iguana II cayó defendiendo a su madre.

Pero la constancia y la pasión por el desquite parecían ser las características de la reina seri.

Volvió a pelear con denuedo, hasta que Coyote-Iguana III—su hijo menor—asumió el poder.

De la madre había heredado el coraje. Lo demostró matando a todos los seris que se alzaron contra su hermano.

Bajo el reinado de Coyote-Iguana III murió la brava mujer. Los seris, a la fuerza, rindieron los mayores honores a quien fué, en la vida civilizada, Lola Casanova.

(1) Hoy se llama villa o pueblo de Seris. Queda en las inmediaciones de Hermosillo. El Río de Sonora lo separa de la capital del Estado.

(2) La expedición Jones disolvió el encanto. Nada encontró de valor.

(1) "Le llaman así porque muchas de sus piedras, tocándolas con otras, suenan lo mismo que una campana" Noticias Estadísticas del Estado de Sonora, por José Francisco Velasco.—1850.

